

Perfil biográfico de si mismo. Los 4 candidatos

El Mercurio 2009 12 13

Marco Enriquez-Ominami Gumucio

"Hemos hecho nuestro mejor esfuerzo, convencidos de que está en juego el futuro de nuestro país"

Creo que, pese al exilio y a la muerte de mi padre, fui un niño con suerte y recibí mucho cariño. Tal como mi historia de hijo, mi vida de padre también ha sido en una familia distinta a la de los libros para niños. Chile merece y puede más y no es hora de retroceder. Siento que esta historia no termina aquí.

Esta es la historia de mi vida. Una vida intensa, con muchas contradicciones, marcada por la urgencia de derribar los miedos que impiden una verdadera justicia social, que siento perfectamente posible de lograr. Así lo creo profundamente.

Nací el 12 de junio del año 73 en Santiago. Un año especialmente agitado, en el que las diferencias políticas pretendieron ser borradas usando la violencia. Tres meses después se concretaría el golpe y mi padre biológico Miguel Enríquez pasaría a ser buscado por policías y militares como el más peligroso enemigo de la derecha que se imponía amparada en la violencia y la muerte.

Un mes después, el 15 de octubre, fuimos arrestados junto a mi madre, Manuela Gumucio. Ella y, aunque parezca increíble, también esta guagua éramos considerados un peligro para la sociedad. En ese momento, pese a que la orden era separarnos y llevarla a un centro de detención, un militar le ofreció ayuda para que podamos salir del país. Y es así como fuimos llevados, por los mismos militares que nos tenían detenidos, a asilarnos a la Embajada de Venezuela, donde esperaban el permiso para salir de Chile mis abuelos maternos, Rafael Gumucio y Marta Rivas. Al quinto día fui bautizado, en circunstancias evidentemente difíciles... Ahí las palabras del padre Esteban Gumucio, mi tío abuelo, sacerdote SS.CC. que eligió vivir con los más pobres, lograron llenar de sentido el sacramento a pesar de lo que vivíamos.

Casi un mes pasamos en la embajada antes de partir a París. La llegada a Francia no fue fácil, pero contamos con la solidaridad de mucha gente que abrió sus brazos para ayudar a quienes eran expulsados de su patria. Poco después que yo cumpliera un año, en octubre de 1974, muere en Chile Miguel, asesinado por agentes de la DINA. Como resulta evidente, toda esta historia la conozco por referencias. No tuve el gusto de conocer personalmente a mi padre, pero siento que he logrado ir aprehendiendo su historia con los testimonios de mi madre y muchos de sus amigos.

En esos años viví en París. Creo que, pese al exilio y a la muerte de mi padre, fui un niño con suerte y recibí mucho cariño, en especial de mi madre, de mi abuelo Rafael Agustín Gumucio, y de mi padre, Carlos Ominami. Aunque parezca prematuro, en esos años mi familia logró formarme una inquietud por lo que pasaba más allá de mi ventana. Tanto para mi abuelo, fundador de la Democracia Cristiana y la Izquierda Cristiana, entre otros, como para mis padres, la lucha política constituía el centro de sus vidas y eso sin duda me marcó.

El shock de volver

En mayo del 86, con casi 13 años, retornamos a Chile. Fue un shock, como el que sufren muchas familias que retornan del exilio. La idealización de Chile es un fenómeno bastante común en los niños que solo lo conocen por los cuentos de sus padres exiliados. Pero Chile no era la copia feliz del edén. Varios sucesos escalofriantes tuvieron lugar en ese año 1986 (la estudiante Carmen Gloria Quintana quemada por una patrulla militar durante una protesta, el asesinato de José Carrasco y otros, la matanza de Corpus Christi, el toque de queda y el terror cotidiano). Todavía gobernaba el dictador que tanto daño le había hecho a mi familia y en el colegio me sentía un bicho raro. Probablemente hay algo de idealización, pero creo que mi escuela en Francia era mucho más heterogénea, más diversa.

El 90, año del retorno de la democracia, fui mechón en Filosofía de la Universidad de Chile. Ahí comencé a participar muy activamente en política, pero no fue fácil. Defraudé a más de alguien que esperaba encontrar en mí al reflejo de las mismas ideas que sostuvo mi padre casi 20 años antes. Sospecho que la intensidad de las convicciones de Miguel es siempre una vara muy alta y creo que nadie puede prejuzgar qué haría él si por estos días estuviera con nosotros. Pero también creo que ser de izquierda, ser demócrata, ser radical y ser progresista, no pueden ser lo mismo en el siglo XXI que en plena Guerra Fría.

Desde luego que cuando uno entra a estudiar Filosofía no tiene en su primera prioridad la inserción en el mercado laboral. Desde varios años antes me apasionó el cine que, pese a lo que parece, no es algo tan lejano a la política, ya que el realizador cuenta historias, plasma perspectivas, maneras de mirar lo que pasa alrededor y muchas veces intenta expresar lo inexpresado. En el cine, como en la política, hay momentos para los grandes temas y también para los que parecen menores y el talento está en ser capaz de vincularlos y darles sentido.

Volví entonces París, a estudiar dirección de cine y luego estrené mis primeras películas y cortometrajes con resultados dispares. Mientras unos me permitieron ir a festivales internacionales y recibir diversos reconocimientos, otros trabajos eran más bien videos comerciales que no se justificarían sin el pago por la labor.

Historias de amor y amistad

El año 2000 viví un momento mágico con mi padre Carlos. Nos pusimos al día en nuestra relación y formalizamos tanto la adopción como la suma de su apellido al mío. Siento que eso cristalizó una historia de amor y amistad, de padre a hijo, sin la que es imposible imaginarme hoy.

El año anterior participamos muy activamente de la campaña presidencial de Ricardo Lagos, especialmente en su franja televisiva. Se trató de una campaña muy audaz, que instaló temas que habían estado vedados en la transición. El eslogan central, "crecer con igualdad" -que siempre me pareció pobre-, era un cuestionamiento al éxito del que presumían las élites, a quienes parecía bastarles el crecimiento. El mensaje recordaba que una sociedad tan desigual como la nuestra no era -y no es- aceptable. Se trató de una campaña de alto impacto, que -pese a ser continuista- logró remontar la aprobación de apenas un 28% con que terminó el gobierno de Frei, para conquistar casi un 48% del electorado, ganando la primera vuelta. El mérito de esa campaña, y la audacia de Lagos en esa primera vuelta, nunca fueron suficientemente ponderados.

En esos años de a poco me voy convirtiendo en un "conocido". Entre ser hijo de un mito, las primeras películas y la participación en política, empiezo a ser interesante de entrevistar. Ayuda a eso también mis ganas de provocar, de hacer que le pasaran cosas al interlocutor. De ese estilo he debido hacerme cargo ahora, ya que como candidato presidencial, muchas de las provocaciones que dije ayer se convierten en armas de ataque contra nuestra alternativa hoy.

El 2003 es un año particularmente intenso. Estreno "Chile, Los Héroes están Fatigados", un documental donde sigo a los radicales de los 70 hasta sus posiciones actuales, tomando de su propia boca sus explicaciones, justificaciones y silencios. El título del documental no es casual: me fui dando cuenta de cómo, en muchos casos, los sueños habían dejado espacio a los cálculos y donde ayer había heroísmo, hoy sólo quedaban cuentas y saldos bancarios. No era una mirada nostálgica, sino una que trató de explicitar el poco equilibrio en caminos que habían pasado bruscamente de un extremo a otro. El mismo año se emite por televisión "La vida es una lotería", una serie que mostraba historias populares de personas en torno a la Lotería. El mismo año y

aprovechando el éxito de la serie, visité el matinal "Buenos Días a Todos" donde, pese mis esfuerzos, no logré convencer a Karen de actuar en un capítulo... Al menos ese año, porque sí lo conseguiría al año siguiente, y con ello la primera cita.

A fines de 2003, el 7 de diciembre, nos casamos y nueve meses después nació Manuela, quien paradójicamente llega a ser nuestra segunda hija ya que, tal como mi historia de hijo, mi vida de padre también ha sido en una familia distinta a la de los libros para niños. Somos cuatro, junto a Fernanda, quien es hija del anterior matrimonio de Karen. En el Chile del pasado, tal como no era imaginable que una mujer fuera electa Presidenta, un candidato debía hacer creer que su familia se ajustaba a las reglas de los conservadores. Qué bueno que hemos cambiado, somos todos un poco causa y un poco efecto de ese cambio y no podemos permitirnos retroceder.

Candidato designado "a dedo"

El 2004 escribimos junto a Carlos un libro de conversaciones políticas, que empieza a explicitar las ganas de avanzar más y mejor al futuro. Al año siguiente el Partido Socialista me designó como candidato a diputado por el distrito 10. Tengo completamente claro que me habría sido muchísimo más difícil ser candidato si mis apellidos no fueran los que son. Fui designado candidato a dedo, sin primarias, sin que le preguntaran a nadie de Quillota, Puchuncaví o Quintero si yo u otro era el hombre o la mujer más adecuado para ser el candidato del PS por su zona. Por lo mismo, ya como diputado presenté una ley para que sean las personas y no el presidente de un partido, quienes designen a los candidatos en primarias.

No me avergüenza ser quien soy y creo ser lo suficientemente valiente para plantearlo sin tapujos, y decir que justamente porque conozco la discriminación, porque conozco la forma tradicional de hacer política, es que siento que podemos cambiarla. Perdón si ya lo han leído, no tengo nada contra los partidos políticos, pero tengo casi todo en contra de esa manera de hacer partido, con dirigentes que viven un simulacro del poder que los aleja cada día más de la gente y sus necesidades.

La campaña fue otra historia. Competir con dos diputados que van a la reelección no es nada fácil, es correr cuesta arriba. Pero lo hicimos.

Lo notable de las campañas es que uno se da cuenta, en terreno, junto a la gente, de la diversidad de Chile, de tantos millones de testimonios, éxitos y problemas que le dan sentido a hacer un esfuerzo mayor. Pienso que en cada escuela de Chile los niños y niñas debieran conocer cómo trabajan las temporeras, en qué condiciones laborales, con qué salarios, con qué riesgos. Eso nos haría un país más humano y más comprensivo del esfuerzo del otro. También fue muy potente conocer el drama de la educación pública en crisis, conocer también que hay hospitales cuya dirección estaba cuoteada a un partido político. Yo creo que es posible un país con más protección, más derechos, donde todos seamos más libres y más iguales. Por eso invitamos a todos a votar para que, junto a la Presidenta Bachelet, cumpliéramos todos y cada uno de nuestros compromisos. Y tal como lo que estamos viviendo en estos días, el resultado fue sorprendente.

Trabajar en el Congreso fue conocer un mundo nuevo. Como dirían los economistas, en la labor parlamentaria los incentivos están mal puestos. Todos los parlamentarios saben que el trabajo en el quehacer legislativo rinde poco en términos de visibilidad pública y que el camino a la reelección no se pavimenta con proyectos de ley, reflexiones exhaustivas o búsqueda de acuerdos. De paso, el desequilibrio entre Ejecutivo y Legislativo hace que desde La Moneda el mejor diputado sea aquel que aprueba todo rápido, y cualquier cuestionamiento se hace sospechoso. El rebelarnos, junto a un grupo de diputados, contra eso nos valió el apelativo de díscolos. Presentamos más de 180 proyectos de ley guiados por nuestras convicciones y no por la aparente popularidad que tuvieran y tratamos de darnos siempre el tiempo de pensar qué era mejor para los chilenos, antes que obedecer ciegamente a una orden de partido o de Palacio. Ese tiempo para hacer reflexiva la práctica legislativa es vital, y por lo mismo no dudé en renunciar al salario que se nos paga con recursos públicos una vez que sentí que -por el rigor de la campaña- no fui capaz de seguir rindiendo tan cabalmente con ese mandato.

Con un grupo de parlamentarios que nos identificamos con ese modo de trabajar en el Congreso, junto a otros intelectuales y dirigentes sociales, decidimos plasmar en un documento los desafíos que visualizábamos para Chile y el modo en que pensamos debían ser abordados y fue así como el 8 de noviembre de 2008 lanzamos el "Decálogo para el Futuro", que en 17 páginas decía harto más de que lo que algunos llaman pretenciosamente programa de gobierno. Quiero ser claro que no todos los autores del decálogo nos apoyan en primera vuelta, pero estoy seguro de que todos nos apoyarán en la segunda. Ahí está el puntapié inicial de este camino a la Presidencia de la República. Había una idea, una razón para seguir yendo al futuro. Chile merece y puede más y no es hora de retroceder.

Con esa convicción, el 15 de enero de 2009 intentamos inscribir una opción en las elecciones primarias de la Concertación, pero nos cerraron las puertas. Solo los cuatro presidentes de partido y nadie más podrían inscribir una candidatura a las primarias.

Decidimos entonces seguir adelante. Sinceramente, pocos nos creían y muchos apostaban que era un camino para negociar un cupo al Senado, y afirmaban con seguridad que, al final, "nadie renunciaría a una reelección segura como diputado". Apelaron a una lealtad mal entendida con esos mismos dirigentes que nos cerraron las puertas, no sólo a nosotros que queríamos competir, sino al pueblo concertacionista, a los millones de progresistas que han sido los grandes protagonistas de los éxitos de Chile. Ellos merecían otro trato, merecían decidir.

Pero se equivocaron, porque nuestra lealtad no es con las cúpulas sino con los ideales, con nuestras convicciones y con la gente. Decidimos entonces comenzar a juntar firmas para inscribir una candidatura independiente a la Presidencia. Nuevamente la cancha estaba cuesta arriba: basta sólo una firma de un presidente de partido para inscribir a un candidato presidencial, pero si no consigues una, debes demostrar ante notario la voluntad de 40.000 chilenos y chilenas de apoyar tu proyecto. Elegimos el camino difícil, el camino honesto, y aquí estamos.

Más de sesenta mil firmas después, algo así como un Estadio Nacional repleto, el 10 de septiembre fuimos junto a Karen, mis hijas y muchos adherentes a inscribir nuestra candidatura presidencial. En esa ocasión tan significativa, quise rendir un humilde homenaje a Miguel, simbolizando en él a tantos que dieron su vida, lo mejor de sí, para que hoy podamos vivir en libertad. Ante la multitud reunida fuera del Serval me nació convocar a que, "como dijo un hombre que no conocí, que fue mi padre: (siguiéramos) adelante, adelante con todas las fuerzas de la historia".

Esto no termina aquí

Hemos hecho nuestro mejor esfuerzo, convencidos de que está en juego el futuro de nuestro país. Para mí la nacionalidad no ha sido un asunto fácil, sino más bien uno doloroso y traumático por momentos, pero haber recorrido Chile de punta a cabo ha sido un tremendo privilegio y una oportunidad de encontrarme y enamorarme de mi país. Ha sido la oportunidad de conocer y aprender de la demanda de miles de ariqueños que quieren vivir en un ambiente limpio, donde sus hijos tengan el derecho humano de crecer sanos, sin contaminación. Ha sido tener la suerte de escuchar de los propios chilenos del extremo sur que no quieren ver su historia inundada sin siquiera haberles pedido permiso.

El otro gran privilegio ha sido poder contar con el compromiso desinteresado de muchos de los más destacados profesionales de Chile. En las más diversas áreas hemos contado con talento e ideas, con personas concretas, que si estuvieran persiguiendo un puesto no habrían elegido una candidatura por la que nadie apostaba hace unos meses. Estoy muy orgulloso de ellos, en especial de su capacidad de trabajar en equipo junto a personas de otras edades, de otras historias. Para algunos eso es ser ambiguo. Para mí es una señal de la fuerza del progresismo y de la solidez de nuestras convicciones, que no temen dialogar y trabajar junto al que es diferente.

Soy consciente que una candidatura así, surgida desde la ciudadanía, hubiera sido casi imposible hace una década. La revolución de las comunicaciones y la tecnología han hecho más fácil comunicarnos y trabajar en equipo, incluso a grandes distancias. Ser capaces de trabajar con estas nuevas herramientas he hecho posible este sueño. Evidentemente, la preparación necesaria

para gobernar en el Bicentenario es muy distinta a la preparación que era suficiente en el siglo XX.

Siento que esta historia no termina aquí. Que hoy es solamente un capítulo y que desde mañana volveremos a recorrer Chile agradeciendo el respaldo, e invitando a todos los que apoyaron a otros candidatos en primera vuelta a reencontrarnos para constituir juntos una nueva mayoría progresista que, a partir del mismo 11 de marzo de 2010, sea capaz de seguir cambiando Chile.

Nombre Completo: Marco Enríquez.Ominami Gumucio

Profesión: Cineasta

Edad: 36 años

Pacto: Independiente

JORGE ARRATE Mac Niven

"Quiero la reconstrucción de una izquierda plena, variada, futurista y creadora, que propugne un giro"

Nací con fórceps y con varias vueltas del cordón umbilical alrededor de mi cuello, el 1 de mayo de 1941, un Día del Trabajo de nubes oscuras y lluvias tenaces. En los atardeceres, acompañaba a mi madre, en aquel entonces católica practicante, al Mes de María. Allende y Raúl Ampuero me impulsaron a hacerme socialista y a definir en el socialismo chileno mi perfil siempre de izquierda.

Mi primera casa tenía tres patios, y a medida que uno se internaba en ella, se notaban más los signos del deterioro de los adobes y de los pisos de baldosa o de madera.

El tercer patio era en realidad un gallinero, donde además se colgaba la ropa recién lavada en unas artesas ubicadas en el segundo patio. Allí recuerdo haber ido de la mano de mi abuela materna a buscar huevos verdes y azules que ponían unas gallinas negras y otras castellanas. Mi abuela era viuda, y para sostenerse arrendaba piezas de aquella casona de calle Catedral. Mi abuela paterna, viuda también, arrendó un ala en el primer patio. Allí se conocieron mi madre, hija de la arrendadora, y mi padre, hijo de la pensionista. Allí contrajeron matrimonio, de traje blanco y terno oscuro. Permanecieron ininterrumpidamente juntos por cincuenta y ocho años, hasta la muerte de mi padre en 1999. Cuando se cumplía un año del enlace, llegué a esa casa del barrio de la Plaza Brasil, proveniente del Hospital del Salvador. Nací con fórceps y con varias vueltas del cordón umbilical alrededor de mi cuello, el 1 de mayo de 1941, un Día del Trabajo de nubes oscuras y lluvias tenaces, según mis padres, bajo el signo astrológico de Tauro.

Mi padre, un radical masón y tolerante, un lector empedernido, se reincorporó a la Marina, donde se había iniciado como cadete a los once años, cuando Chile declaró la guerra a Japón, y volvió junto a su esposa y al que sería su único hijo a su natal Valparaíso. Mi abuela paterna, porteña, feminista reflexiva, novelista y colaboradora habitual de El Mercurio de Valparaíso, murió sin un cobre y legó a su hijo y a su nieto su pasión por los libros y la escritura. Por eso escribo hasta hoy por placer. He publicado nueve libros políticos, dos novelas y un volumen de relatos, y muy rara vez he leído un discurso o publicado una columna que no haya escrito yo mismo. Como este texto que escribo ahora, mientras viajo por tierra entre Huasco y Coquimbo, en plena recta final de la campaña presidencial.

Una casa de segundo piso en la calle Valparaíso de Viña y luego otra en Agua Santa, suficientemente grande como para que mi madre pudiera arrendar piezas para "ayudarse", fueron mis siguientes refugios. Con mucho esfuerzo, mis padres pagaron mi educación básica en colegios británicos, para que aprendiera la lengua de Joyce. Hice honor al origen anglicano de la familia gringa de mi madre y aprendí himnos religiosos en inglés, mientras en los atardeceres acompañaba a mi madre, en aquel entonces católica practicante, al Mes de María. "Venid y vamos todos con flores a María...". El cuento de "el idioma", como se le refería en mi casa, me parecía una absurda obsesión, pero más tarde supe que mis padres tenían razón. Aprendí inglés, no lo olvidé nunca, y me fue muy útil en mi carrera profesional y en mi vida política.

Mi padre, desde joven aficionado a modestas aventuras bursátiles, perdió entonces en la Bolsa y quedó endeudado hasta la coronilla. Las casas de empeño fueron por unos meses nuestra salvación, pero finalmente todos los muebles de la casa fueron embargados y, con un trapo por delante y otro por detrás, prácticamente nos exiliamos en una parcela de una hectárea, propiedad de un amigo de mi padre, ubicada en los alrededores de Puente Alto, donde la familia, es decir nosotros tres, iniciamos una granja avícola. Estábamos en la cuerera y, siempre realista y práctica, mi madre renunció a toda pretensión de que yo aprendiera más inglés... Gracias a viejos amigos de la familia, de filiación masónica, pude matricularme en el Instituto Nacional, donde cursé mis cuatro años de secundaria. Fue una época decisiva e inolvidable: mi aproximación al trabajo en el campo, a los árboles frutales y a la crianza de animales; la primera juventud y los iniciales amores puentealtinos. "A ti Puente Alto bello jardín de flores...", rezaba un corrido que era una suerte de himno de la ciudad.

Las tardes de sábado partía al cine, y veía una tras otra tres películas mexicanas. En la calle de tierra donde estaba nuestra casa jugábamos "pichangas" de fútbol los muchachos de ese barrio heterogéneo, con vecinos de toda condición social. Y cómo no recordar mis innumerables y queridos perros... Mi padre no tuvo auto hasta bastantes años más tarde, cuando su esfuerzo de pequeño empresario avícola dio frutos y logró consolidar la granja, comprarse un Ford 1929, olvidarse de la Bolsa y las acciones. Caminábamos juntos un kilómetro, todos los días, al alba, hasta el bus más cercano, para llegar a tiempo al Instituto, a veces "colgando" de la puerta de microbuses repletos de gente y con los vidrios empañados por la respiración colectiva. Mi padre era empleado en una empresa santiaguina, y mi madre quedaba en la jefatura del gallinero. Caminábamos cantando. "Apaga luz, Mariluz, apaga luz...". Al fondo, la cordillera, algunas mañanas el "raco", ese viento tibio que viene de los desfiladeros del Cajón del Maipo y que empuja ruidosa e inquietantemente las hojas de los álamos.

Allende y Ampuero

En ese entonces comenzamos a ir, Juan y yo, todos los miércoles a la asamblea Pedro Aguirre Cerda del Partido Radical. Yo tenía 13 o 14 años, y disfrutaba los torneos oratorios, la pasión del debate radical. Aileen nos esperaba en pie, tarde, con comida caliente. Y los domingos, mi padre tenía el hábito de hacer discursos mientras se duchaba. Era un muy buen orador, mi padre.

El Instituto y el nuevo barrio reafirmaron el sentido democrático que había heredado de las dos familias, y también su laicismo. Quedó atrás cualquier atisbo de fe religiosa y, por tiempos diciéndome agnóstico, por tiempos ateo, he cursado mi vida creyendo nada más que en el ser humano y en sus posibilidades de ser justo y fraterno. Mi primera suegra, una bella señora, me conminó sin embargo a volver a la Iglesia cuando me casé. Joven de 24 años, con pretensiones intelectuales y sin ningún concepto sobre la inevitabilidad de la muerte, me molesté bastante. Pero hoy pienso que hice bien en conceder. Por lo demás, no había remedio...

Ingresé cuando aún tenía 16 años a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Ya era dirigente estudiantil secundario, y volqué en las luchas estudiantiles universitarias mi vocación política. Allende y Raúl Ampuero, a quienes admiraba, me impulsaron a hacerme socialista y a definir en el socialismo chileno mi perfil siempre de izquierda. En el tiempo universitario construí mi militancia política, me enamoré por primera vez, me recibí de abogado a los 23 años y me casé con una estudiante de Derecho. Con ella concebí mis dos hijos, padres de tres nietos holandeses, dos mujeres y un varón.

Me había apropiado de la ventana al mundo que significó para mí Marx cuando cursaba mi último año de secundaria. Me apropié de Allende en la universidad. Él me proclamó candidato a presidente de la FECh por el FRAP, en 1963. Fui, y sigo siendo, amigo de sus tres hijas y de la inolvidable Tencha. Durante toda esa década de los sesenta, en Chile o en Estados Unidos, donde fui a hacer mi doctorado en Economía, me sentí orgulloso de ser socialista.

El triunfo de Allende me dejó sin el grado de doctor: no alcancé a terminar mi tesis y, a pesar de mis intenciones primitivas de permanecer en la universidad como académico, me absorbió aquel torbellino inolvidable.

Errores cometimos, qué duda cabe. Pero horrores ninguno. E intentamos cambiar el mundo, construir otro modo de vida, un Chile más justo.

Esos tres años, mi colaboración muy estrecha con Allende, la nacionalización del cobre que debí llevar adelante son los momentos de mayor intensidad de mi historia política y personal.

Creo entender, en términos de intereses, a quienes se opusieron a Allende. Lo que aún no entiendo fue la secuela del golpe. ¿Había necesidad de tanta brutalidad, de tanto horror?

Al momento del golpe regresaba a Chile de un viaje de gobierno. No alcancé a llegar y debí permanecer catorce años fuera, sin juicio, sin defensa, sin acusación, sin una explicación clara. Viví en Roma, en Berlín Oriental y en Rotterdam. Tuve el privilegio, gracias a fundaciones alemanas occidentales y orientales, y al gobierno holandés, que financió por catorce años el Instituto para el Nuevo Chile, de poder dedicar todos mis días de aquel tiempo a denunciar y combatir la dictadura. Intenté regresar a Chile tres veces en 1984, y finalmente en 1987 pude hacerlo legalmente.

La tercera es la vencida

Si tuviera que resumir mi historia política, diría que me han convocado con mucha fuerza cuatro proyectos, cuatro grandes esperanzas: la vía al socialismo de Allende, el rescate y la renovación del ideario socialista, el restablecimiento de la democracia en Chile, y, ahora, la reconstrucción de una izquierda plena, variada, futurista y creadora, que propugne un giro y convoque a que Chile conviva de otro modo.

Para decir un lugar común bastante común, ha pasado mucha agua bajo los puentes. He vivido en seis países con casa permanente. He tenido amores serios y profundos, y de todos tengo buenas memorias.

Me he unido a tres mujeres dueñas de sí mismas e independientes, sucesivamente, con el deseo de terminar mis días junto a ellas. Yo digo que la tercera es la vencida. También como candidato.

EDUARDO FREI RUZ TAGLE

"Me interesa preservar y proyectar lo realizado en los últimos diecinueve años"

El sentido de familia lo aprendí en mi hogar y he tratado de hacer lo mismo en la mía. El hecho más importante me ocurrió en junio de 1965, cuando conocí a quien hoy es mi esposa por más de 42 años: Martita Larraechea. Una de las situaciones más tristes de mi vida fue la muerte de mi padre. Las causas los chilenos ya las tienen claras: Eduardo Frei Montalva fue asesinado por envenenamiento. Porque no queremos que los chilenos pierdan todo lo que han

conseguido en los últimos años, hoy nuevamente estamos reconvirviendo frente al país.

Nací en una familia tradicional de clase media. Soy el cuarto de los siete hijos del matrimonio de Eduardo Frei Montalva y María Ruiz-Tagle. Crecí en medio de una intensa vida familiar, cumpliendo en ella un rol muy activo mi madre, quien como buena dueña de casa era el eje de nuestra convivencia por su gran sentido del humor, su calidez como madre y esposa, y también por las exigencias que imponía a sus hijos. Para mis padres, nosotros éramos su prioridad. Incluso mi papá, que llevaba una vida política intensa de muchos compromisos, siempre se dio tiempo para compartir con nosotros. Claramente, el sentido de familia lo aprendí en mi hogar y he tratado de hacer lo mismo en la mía.

El otro gran recuerdo que tengo de mi niñez es haber crecido en medio de la actividad política de mi padre. De hecho, yo tenía apenas 3 años cuando él asumió como ministro de Obras Públicas del gobierno del Presidente José Antonio Ríos, por lo que desde muy pequeño me acompañó la política. Esta situación me dio el privilegio de conocer desde corta edad a notables personalidades de la vida nacional que solían ir a nuestra casa. Entre ellos recuerdo con especial cariño y admiración a Bernardo Leighton, quien fue mi padrino. Es así como desenvolverse en medio de la política fue algo muy natural para mí al igual que llevar el mismo nombre de una figura tan conocida y respetada. Si bien era y sigue siendo una gran responsabilidad, asumirlo no fue un proceso traumático, sino un motivo de orgullo.

Estudié en el Instituto de Humanidades Luis Campino. Recuerdo especialmente que la jornada era larga, por lo que almorzaba ahí, y los inolvidables partidos de fútbol con mis compañeros. Entré a la universidad muy joven, a los 16 años, a estudiar ingeniería en la Universidad de Chile, que era la carrera a la que siempre quise entrar. Ahí tuve mi primera participación en política. Participé y gané una elección como delegado de la FECh. En la carrera opté por la especialidad de la Ingeniería Hidráulica, decisión que estuvo muy marcada por la influencia que ejerció en mí uno de los mejores profesores que tuve en mi vida, don Francisco Javier Domínguez.

La vida laboral

Un recuerdo imborrable en aquellos años fueron las jornadas de trabajo de verano. Me tocó ir a Concepción, Iquique y Mejillones. Fue realmente enriquecedor conocer, vivir y empaparse de la experiencia diaria de otras personas y conocer de cerca las duras condiciones laborales que cotidianamente debían enfrentar, así como también el rigor de las faenas, la incomodidad de las instalaciones en las fábricas, las prolongadas jornadas laborales y los bajos salarios. Pero también supe de la entereza con que afrontaban el día a día y el esfuerzo con que producían.

Esos años universitarios fueron muy movidos y excitantes. Primero me tocó vivir y ser testigo privilegiado de la elección de mi padre como Presidente de la República. Lo acompañé durante su campaña. La historia la conocemos. Fue elegido Presidente por una amplia mayoría y pese a que hubiésemos podido esperar grandes cambios, la verdad es que no fue tal. La rutina familiar siguió siendo casi la misma y creo que eso tuvo mucho que ver con como mi padre priorizaba sus actividades. Para él siempre la familia estaba primero.

Pero sin duda el hecho más importante me ocurrió en junio de 1965. Cuando recién había cumplido 23 años, conocí a quien hoy es mi esposa por más de 42 años: Martita Larraechea. Luego de dos años de pololeo y ya titulado de Ingeniero Hidráulico nos casamos. En aquella época ya vivía mis primeras experiencias laborales. De hecho, antes de recibirme trabajé por media jornada en Somela.

Una vez casados nos fuimos a Italia por dos años a trabajar y a especializarme en Administración y Técnica de Gestión. Allá trabajé en obras como la construcción de la Autopista de las Flores y en el Ente Nazionale de Idrocarburi (ENI). Mientras estaba en esta última compañía me tocó participar en un curso de la IBM y ahí vi por primera vez un computador que era casi del porte de una pieza entera. Nuestra estadía en Europa fue muy entretenida. Estábamos recién casados, solos y con tiempo para disfrutar y conocer ese hermoso país.

En 1969 ya estábamos de regreso en Chile. Se vivía un período de gran efervescencia política. Se acercaba lo que sería una de las elecciones más reñidas de la historia, mientras mi padre entraba al último año de su gobierno con muchas complicaciones al interior de su partido, la Democracia Cristiana. Al poco tiempo de volver nació nuestra primera hija Verónica y yo ingresé a Sigdo Koppers. En los primeros años me tocó trabajar mucho en regiones. Estuve en Caletones supervisando distintas obras, luego en una planta de aceros especiales en Rengo, donde vivimos dos años; después en San Antonio y finalmente me enviaron a Valparaíso a supervisar la construcción de un frigorífico, proceso que había sido muy problemático. Se suponía que la misión era por tres meses, pero finalmente estuve cerca de un año hasta que un día se produjo un incendio y se acabó la obra.

Después de aquello me instalé definitivamente en Santiago y me hice socio de la empresa. En esos años la familia ya era más grande. Habían nacido mis hijas Cecilia y Magdalena. Años más tarde llegaría Catalina. A la vez, estábamos en plena dictadura. Mi padre era objeto de varias hostilidades y persecuciones, al igual que mi hermana Carmen, mientras que nosotros también vivimos incidentes desagradables.

El asesinato de mi padre

En esos años se produce una de las situaciones más tristes de mi vida. A fines de 1981 mi papá se opera de una hernia al hiato, una intervención que no debiera representar mayores complicaciones. Sin embargo, en enero de 1982 muere luego de una serie de situaciones confusas. Fueron días muy amargos. Chile había perdido un líder y yo a mi padre, pero queda el recuerdo imborrable de la valentía de cientos de miles de chilenos que, desafiando el miedo y las provocaciones, salieron a la calle a homenajear a su Presidente. Las causas los chilenos ya las tienen claras: Eduardo Frei Montalva fue asesinado por envenenamiento. Las recientes resoluciones adoptadas por el juez Alejandro Madrid demuestran que estamos frente a un magnicidio. Es la primera vez que un ex Presidente es asesinado y ello no hace más que confirmar la extrema crueldad con que actuó la dictadura no sólo contra él, sino también contra los otros miles de chilenos que murieron en aquellos años a manos de agentes del Estado y los cientos de miles que fueron torturados, además de tantos otros que sufrieron todo tipo de humillaciones.

Lo cierto es que en los días en que mi padre estuvo hospitalizado en la Clínica Santa María sucedieron muchas cosas raras, pero nunca pensé que terceros lo estaban llevando a la muerte. Lo que más lamento es que como familia no hayamos sido capaces de darnos cuenta de lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor. Pecamos de ingenuidad al minimizar la extrema crueldad con que operaba la dictadura. Pero así como ha sucedido en tantos otros casos de violaciones a los derechos humanos, la justicia puede tardar, pero siempre llega. Primeros fueron dudas, luego sospechas y hoy ya no hay espacio para dudas: mi padre fue asesinado. La investigación ha avanzado rápidamente en los últimos años gracias al trabajo acucioso del juez Alejandro Madrid y esperamos con serenidad el término del proceso y el castigo a los culpables.

Mi ingreso a la política

En los años ochenta solía visitar al cardenal Raúl Silva Henríquez, quien me privilegió con su amistad, su sabiduría y sus consejos. Un día me tomó la mano y me dijo: "Eduardo, tú no puedes permanecer tranquilo mientras en Chile haya personas viviendo en la pobreza". Esa breve frase fue el estímulo necesario para ingresar a la política. En 1987 el país ya empezaba a pensar en el plebiscito del año siguiente. Entonces, aproveché una invitación de Sergio Molina para sumarme al Comité de Elecciones Libres. Ahí había varias personalidades que tenían como denominador común el no ser participantes activos en la política. La idea era incentivar a la gente para ganar el plebiscito del 5 de octubre de 1988. Viajamos por todo Chile organizando concentraciones y me impactó el cariño de la gente y el ferviente deseo de la ciudadanía por recuperar la democracia y la libertad, así como también constatar con mis propios ojos tanta necesidad insatisfecha. Sentí que podía aportar y que debía aportar. Por eso, y como consideraba y sigo creyendo que la política no puede ir de la mano de los negocios, decidí vender mi participación en Sigdo Koppers y dedicarme por entero al servicio público.

De ahí en adelante mi trayectoria es conocida. Fui senador por Santiago Oriente, presidente de la Democracia Cristiana, Presidente de la República y senador institucional. En todos esos cargos

siempre concursando, salvo el último que era una obligación a la que me comprometí cumplir cuando juré respetar la Constitución el día que asumí como Presidente de Chile el 11 de marzo de 1994. No me enorgullecía ocupar esa función y por eso voté a favor de su derogación y postulé al Senado en representación de lo que hoy es la Región de Los Ríos y de tres comunas de la provincia de Osorno. Y tras regresar al Senado fui elegido presidente de la Cámara Alta, cargo que desempeñé entre marzo de 2006 y marzo de 2008.

Ser Presidente de Chile fue una inmensa oportunidad para impulsar una serie de reformas que creíamos indispensables para dar un salto cualitativo en la modernización del país. Me llenan de orgullo la reforma a la justicia, los cientos de obras de infraestructura, la inserción de Chile en el mundo, los nuevos hospitales y consultorios que construimos, las leyes que aprobamos para proteger la familia y a los niños, y tantos otros avances que experimentó el país. ¡Qué reconfortante resulta cuando uno va a una localidad rural y las personas se acercan para decirme "gracias a su gobierno hoy tengo luz y agua potable"! ¡Qué satisfacción siento cuando diversos organismos internacionales reconocen a Chile como potencia mundial en cobertura de agua potable y tratamiento de aguas servidas gracias a que incorporamos capital privado a las empresas sanitarias! ¡Qué distintas son hoy nuestras carreteras, caminos transversales y aeropuertos!

Pelearnos voto a voto

Hoy nuevamente estamos concursando. La historia de esta candidatura es muy simple. Meses antes de las elecciones municipales del año pasado había un ánimo derrotista en nuestras filas. El candidato de la derecha, según las encuestas de ese tiempo, ganaba en primera vuelta. Pensé que no podíamos rendirnos y decidí salir a recorrer el país apoyando a nuestros candidatos. Poco a poco el ánimo comenzó a cambiar, fui elegido candidato de la Concertación y hoy somos una alternativa competitiva. Vamos a avanzar a la segunda vuelta y pelearnos voto a voto nuestra opción.

Hoy viviremos una jornada histórica, en la que estarán en juego diversas maneras de entender Chile y de lo queremos para Chile. Si hoy me encuentro en medio de esta contienda no es por ambición personal. No la necesito. He logrado todo lo que puede aspirar un servidor público y siempre con el apoyo de la ciudadanía. Lo que me anima es la convicción de que Chile no puede seguir haciendo lo mismo que hemos hecho hasta ahora para llegar al desarrollo. Hemos hecho grandes cosas, pero hoy están dadas las condiciones para dar ese salto que nos está faltando.

Pero junto a lo anterior, me interesa preservar y proyectar lo realizado en los últimos diecinueve años. Digámoslo con toda claridad. La Concertación ha conducido al país en un proceso de transición de alta complejidad y lo ha hecho con responsabilidad política y económica; con sentido de justicia, pero sin revanchismo; con grandeza y sin sectarismo. Han sido los gobiernos de la Concertación los que han cambiado Chile. Y este no es un mero eslogan de campaña. Es la realidad reflejada en hechos y realizaciones concretas. La misma Presidenta Bachelet ha reconocido que los tremendos logros de su gestión se alzan sobre lo conseguido en los gobiernos anteriores. Aquí hay una tarea acumulativa con aportes que, a mi juicio, tienen dimensiones históricas, que nos abren nuevos horizontes y nuevos desafíos.

Es la Concertación la única alternativa real que puede garantizar que seguirá llevando a nuestro país hacia un progreso con rostro más humano, en el que la ciudadanía sienta que tienen un gobierno cercano y que los protege. Hoy todos levantan estas banderas, pero no a todos les resulta creíble. La gente no se deja engañar y sabe la historia que hay detrás de cada alianza política que sustenta a cada uno de los candidatos. La protección social, la lucha contra las discriminaciones, la disminución de la pobreza y la igualdad de oportunidades, así como también la ampliación de los derechos y libertades de las personas, las han impulsado nuestros gobiernos.

Chile no puede optar a cualquier tipo de desarrollo y a la oferta de un cambio que es un salto al vacío y que no está pensado para beneficiar a los que tienen menos, a los excluidos o para profundizar nuestra democracia. Así como tampoco podemos arriesgarnos a las cruzadas personales, basadas sólo en el carisma y que carecen de contenido y apoyo político. En Latinoamérica sabemos bien cómo comienzan estas aventuras y las nefastas consecuencias que

provocan en el futuro. La demagogia y el populismo, acompañados de permanentes descalificaciones, están lejos de ser el camino que Chile necesita para progresar.

Nosotros aprendimos de los errores del pasado, supimos corregir el rumbo en los momentos en que el país lo pedía y hemos abierto nuevos horizontes. Y porque nos entusiasman los desafíos y porque no queremos que los chilenos pierdan todo lo que han conseguido en los últimos años, hoy nuevamente estamos reconviniendo frente al país. Y por eso con humildad, pero con decisión, fuerza y coraje hoy les pido el voto a mis compatriotas para que apoyen a nuestra coalición y a su candidato presidencial. He recorrido Chile y he escuchado el mensaje de la gente. Por eso hoy reitero mi compromiso de continuidad y cambio para vivir en un país más inclusivo, sin discriminaciones, con más protección y también para la clase media, y con una educación de calidad para todas las niñas y niños de Chile. Lo haremos con el respaldo de millones de compatriotas, porque en definitiva representamos el progreso y el bienestar de las familias chilenas, las que necesitan un gobierno que los proteja, que los cuide y que los ayude a salir adelante.

Nombre completo : Eduardo Alfredo Juan Bernardo Frei Ruiz-Tagle.

Profesión: Ingeniero Comercial

Edad: 67 años

Pacto: Concertación.

Miguel Juan Sebastián Piñera Echeñique

"Chile necesita un verdadero renacimiento"

Me siento un privilegiado por haber nacido en el seno de una familia extraordinaria. Fui bendecido con una mujer excepcional y unos hijos maravillosos. Muchas veces me he equivocado, pero no por mala fe. Jamás he tenido sueños premonitorios, pero algo me dice que la gran mayoría de mis compatriotas comparte el mismo sueño de cambio que aliento yo.

El 11 de septiembre de 1973 fue mi primer día de clases en Harvard. Ese día intenté, en vano, comunicarme con mi familia. Recién por la noche, muy tarde, logré hablar por teléfono con Cecilia Morel, mi polola. Conmocionado por los acontecimientos y entregado a mis sentimientos, de repente le dije: "Casémonos". Llevábamos apenas seis meses juntos. El sábado 21 de diciembre de 1973 finalmente nos casamos en Santiago. Yo vine a Chile entre un examen de trigonometría y otro de teoría de precios. Todo se hizo muy rápido.

Nos quedamos en Harvard hasta 1976. Antes de volvernos, tomé un compromiso con Richard Musgrave, un ilustre y afable profesor, que había sido contratado por el ex Presidente Hugo Banzer para encabezar una misión macroeconómica en Bolivia el año 76. Gracias a ello regresé a Chile con 70 mil dólares, que me permitieron hacer mi primera inversión.

En Santiago retorné a la vida académica. Volví como profesor a la Universidad Católica, donde ya había trabajado antes. Entre todas las ofertas que recibí, acepté la invitación de la Cepal para trabajar en un proyecto que me sedujo desde el principio, encabezado por Sergio Molina. "Pobreza en América Latina" se llamaba y era uno de los primeros intentos serios para cuantificar y enfrentar la miseria en la región, parte importante del cual tomaría después Miguel Kast para su histórico mapa de la extrema pobreza en Chile.

Yo provengo de una familia privilegiada. Pero ni el dinero ni la riqueza abundaban en mi familia, encabezada por un funcionario público, mi padre José Piñera Carvallo, que era ingeniero civil de

la Universidad Católica. Tuvo eso sí buenos cargos. Trabajó en múltiples puestos de confianza política, pero en lo esencial se ganó la vida en la Corfo. José conoció a mi mamá, Magdalena Echeñique Rozas, y tras el noviazgo de rigor se casaron en 1944. Los dos eran muy distintos. Mi padre era, en el fondo y no tan en el fondo, un intelectual, idealista y bohemio, un tipo al que le gustaba la vida nocturna, la conversación y el debate de las ideas, ojalá con una copa de tinto en una mano y un cigarrillo en la otra. Nunca nos castigó, nunca nos controló. Nos dejaba ser. Le interesaba que fuéramos libres. Era de esos viejos que te siguen desde la altura.

Mi mamá, en cambio, era mucho más terrenal y pragmática. También muy piadosa. Provenía de una familia tradicional, aristocrática y conservadora, con un largo pasado en el campo, de típico origen vasco. Era, además, muy franca. De ella saqué también el estilo frontal de decir las cosas. Era "machaca", persistente, de levantarse temprano aunque estuviera cansada. Así, con un carácter muy fuerte, nos enseñaba disciplina, nos sentaba a rezar el rosario, el mes de María, vigilaba que hiciéramos las tareas. Esto fue esencial en mi formación. No tanto por mi fe en Dios, ya que creo que la fe no se puede imponer y la veo más bien como un regalo que he recibido, sino porque en ese rigor me inculcó el gusto por la lectura, por el estudio. Mi madre también era muy austera y muy previsor, a diferencia de mi padre, que vivía al día y le gustaba la buena vida.

El matrimonio tuvo seis hijos: Guadalupe, José, yo, Pablo, Miguel y Magdalena. Yo llegué al mundo el 1 de diciembre de 1949. Al año siguiente, dado que mi padre había entrado a trabajar a la recién fundada Corporación de Fomento, la mentada Corfo, que por entonces abría su primera oficina fuera del país, partimos a Nueva York por tres años.

Entre mis hermanos había dos grupos muy diferenciados. Uno formado por los dos mayores, Guadalupe y Pepe, que eran más independientes y distantes, y el resto, que me tenía a mí por cabeza y era más achoclonado. En mi casa, en todo caso, había que tener el cuero duro. Las tallas y bromas podían ser muy pesadas. Si una polola te pateaba, te podían tener meses en el columpio. La mayor parte de las veces era mejor no contar nada y ahorrarse la vergüenza. Disimular las emociones, ir de duro por la vida, podía ser una buena estrategia de sobrevivencia. Eso explica, creo, buena parte de mi carácter.

No fui un gran alumno en el Verbo Divino, donde estudié hasta los 14 años. Era hiperquinético y muy indisciplinado. Hasta tercer año de humanidades, primero medio de hoy, me mantuve siempre dentro del montón. En 4° de Humanidades, cuando las notas sí comenzaban a contar para entrar a la universidad, me puse las pilas y fui el mejor alumno del curso. Al año siguiente, en 1965, el recién elegido Presidente Frei nombró a mi padre embajador en la Comunidad Europea y en Bélgica, y partimos de nuevo. Mi padre nos metió a un internado, llamado Saint Boniface. Sufrimos mucho al principio, porque no sabíamos una gota de francés, pero me repuse y fui un buen alumno los dos años que estudiamos allá.

Mi pasado empresarial

¿De adónde viene el empuje empresarial? ¿Qué nos lleva a concebir una empresa, después otra y después otra más? Siempre he tenido gran energía para emprender todo lo que hago. Yo creo que la heredé de mi padre, que era inagotable, aunque inconstante. Siempre nos decía: "Hagan lo que quieran, pero háganlo bien, con pasión, con ganas. No se contenten con calentar el asiento". Al final, siento que buena parte de la fuerza que se requiere para formar empresas está en la autoconfianza. No hay caso: uno tiene que creérsela. Una de las primeras empresas grandes que formé, por ejemplo, estuvo a punto de hundirse varias veces. Creo que salvé Bancard muchas veces a punta de optimismo y perseverancia.

Bancard fue quizás mi primera gran aventura empresarial. Significó empezar algo absolutamente desde cero y crear en Chile una industria entera que no existía. Por eso le tengo especial cariño a su historia. A la inversión en Lan con los Cueto también le tengo mucho afecto. Cuando nos hicimos cargo de ella, era una empresa pequeña, endeudada, con una dotación de apenas siete aviones anticuados y sin mayor prestigio. Era una organización con baja confianza y cero autoestima, y no dejo de sentir por el espinazo una corriente de orgullo cuando veo lo que es hoy: una empresa moderna, con más de 100 aviones, una organización prestigiada, motivada y exitosa, una de las aerolíneas más eficientes y competitivas del mundo y una marca que ha llevado el nombre de Chile literalmente a medio mundo.

También me siento orgulloso de lo que hicimos con Apple Chile. Siempre he tenido a Steve Jobs entre los genios de esta época, alguien a quien sigo y admiro.

La tradición cristiana dice que hasta los santos se equivocan y yo estoy lejos de pretender serlo. Muchas veces me he equivocado, pero no por mala fe. He tratado siempre de ser absolutamente transparente. Muchos de los que me enrostraban no haber separado oportunamente el mundo de la política del mundo de los negocios son gente que ha florecido en la opacidad de las fronteras que separan a uno de otro. Yo en esto nunca he tenido nada que ocultar: mis negocios están a la vista.

Como soy consciente de que mi protagonismo en los negocios produce ruido e interferencia en mi vida pública me he ido progresivamente desprendiendo de su administración, al punto de poner lo esencial de mi patrimonio bajo el régimen de fideicomiso ciego voluntario. Dado el acuerdo de paridad accionaria que tengo con los Cueto, mi participación en Lan no pudo someterse a este fideicomiso voluntario, pero Celfin quedó encargada de buscar un comprador para este paquete de acciones, que representa en la práctica casi la mitad de mi patrimonio. En caso de que salga elegido Presidente, esa venta se hará antes de mi asunción, por supuesto.

Chilevisión, soy franco, es una de mis inversiones más entrañables y está en estudio una solución. En el caso de Blanco y Negro, la única sociedad abierta cuya participación quiero mantener bajo mi administración, las razones son afectivas.

Mis pasos por la política

Me pregunto hoy día si dos experiencias -el "Caupolicanoazo" el 80 y mi entusiasta participación en la vibrante batalla por recuperar la democracia ocho años más tarde- fueron las que efectivamente encendieron la mecha de mi vocación pública. Lo que yo sí tengo claro es que nunca planifiqué demasiado mi vida pública. Dejando al margen la familia y el ADN que uno pueda tener, yo tendría una sola respuesta: la vocación y las circunstancias. Porque fueron ellas las que me fueron a buscar.

Cuando hablo de las circunstancias, tengo que remitirme a mi regreso de las vacaciones que había tomado el verano del 89 junto a mi familia en el lago Caburga. Un poco descolocado e incómodo, Hernán Büchi estaba en el living de mi casa. Bueno, lo que vino a decirme era que estaba pensando en postular a la Presidencia de la República en las elecciones de fin de año, y que él quería que fuera yo quien asumiera la jefatura de su campaña. Mi primera reacción fue decirle que me parecía una oferta o una invitación imposible, atendido que en los 17 años del gobierno militar habíamos estado en trincheras opuestas, que nos separaban temas tan decisivos como la Constitución del 80 y que por mi parte no tenía ninguna empatía con el mundo político que él iba a representar en la próxima elección presidencial.

Luego de muchas conversaciones, concluí que si bien teníamos pocas coincidencias en nuestra mirada al pasado, compartíamos un amplio conjunto de diagnósticos, prioridades y valores respecto del futuro. Sentí que, junto con ocuparnos del futuro, teníamos casi la obligación de ponernos a su altura. No por nosotros. Por Chile. Esa convicción fue la que me llevó también a ser candidato a senador independiente y luego a militar en Renovación Nacional y presidir ese partido. Me entusiasmó la idea de una derecha realmente democrática, desprendida de los amarres del gobierno militar, respetuosa de los derechos humanos, conectada con la modernidad y de fibra genuinamente liberal.

Mi ingreso al Senado ese 11 de marzo de 1989 fue parte de una corriente de emociones cívicas mucho mayor. Al igual que el resto de los parlamentarios, yo me sentía haciendo historia. El país volvía a su cauce normal. Viví los inicios de la transición con entusiasmo y responsabilidad. La "democracia de los acuerdos", que ayudé a impulsar, me interpretaba plenamente. Ese espíritu permitió empujar las reformas tributaria y laboral. La "democracia de los acuerdos" asimismo se propuso poner en la agenda de la transición un conjunto significativo de reformas constitucionales para liberar nuestra institucionalidad de los enclaves autoritarios que había dejado el gobierno militar.

Fui, creo, un senador responsable y dedicado. Leía y estudiaba todas las leyes, proponía indicaciones, analizaba en profundidad cada proyecto. Me sentaba por horas con cientos de papeles apilados en mi escritorio y redactaba anotaciones en los márgenes de los textos con un lápiz grafito. En mi gestión, participé en todas las comisiones que pude: Hacienda, Economía, Salud, Medio Ambiente, Derechos Humanos. Quería aportar en todo cuanto estuviera a mi alcance e inclusive fuera de él. Me parecía fascinante ser testigo y actor del reencuentro entre los dos Chiles que por tantos años vivieron divididos por el odio, el temor y la violencia.

Esta intensidad me hizo distanciarme de mi familia y de mis hijos. Llegó un momento en que los míos no podían contar conmigo para nada en Santiago. Hubo una noche, cuando uno de ellos recibía un premio, en que llegué a mi casa tarde como siempre, pero esperando felicitarlo y conversar con él. Sin embargo, me encontré con la casa a oscuras, mis hijos y mi mujer durmiendo y una hoja encima de mi almohada que decía: "No te preocupes, ya nos acostumbramos a vivir sin ti".

Pero tengo que reconocerlo: no fue la presión de mi familia el factor que me movió a dejar el Senado en marzo del 1998, aunque pesó, por cierto. Lo decisivo para mí es que los cargos tienen su ciclo. En realidad no sirvo para empatar y como sentí que no era en el Congreso donde se estaba forjando el mañana, concluí que había que ir por otros derroteros.

Ese mismo año, Joaquín Lavín irrumpió como la gran figura de la derecha. Existía plena conciencia -y compartí ese diagnóstico muy oportunamente- de que con él la centroderecha tenía una muy buena opción de ganar las elecciones. En ese contexto, me adelanté a renunciar a mi candidatura a fines del 98 y con RN nos volcamos por entero y con gran generosidad a la campaña de Lavín.

En cualquier caso, fue un resultado histórico. Nunca la centroderecha estuvo tan cerca de La Moneda. Nunca había logrado una votación de esas proporciones y este antecedente fue suficiente para que RN lo ungiera como su candidato presidencial para el 2005. En esa decisión hubo gratitud, hubo generosidad, pero hubo también voluntarismo y precipitación. Había muchos síntomas de que el desempeño como candidato que Joaquín Lavín iba a tener el 2005 no iba a ser el mismo de seis años antes. Fue en ese sentido que después de esa elección, tras ser superada mi opción por la de Michelle Bachelet, me negué por principio a que se siguiera entendiendo que mi candidatura seguía vigente para la próxima elección. No iba a caer en el mismo error.

Es cierto que dediqué parte importante de mi vida al mundo de las empresas y el emprendimiento. Pero eso nunca significó amputar mis preocupaciones cívicas. De ahí que desarrollara numerosos proyectos de bien público que todos conocen. Y que a partir de mis 40 años, en la plenitud de la vida, cuando las definiciones se hacen perentorias, opté por el servicio público. Cuando finalmente perdí en la segunda vuelta frente a Michelle Bachelet, ése fue el eje de mi discurso. Ese día, y ante los ojos de todo el país, me comprometí a dedicar el resto de mi vida al servicio público.

Ya dije que me siento un privilegiado por haber nacido en el seno de una familia extraordinaria. Ahora tengo que agregar que creo haber sido bendecido con una mujer excepcional y unos hijos realmente maravillosos. Alguien una vez me dijo que Cecilia, mi mujer, era una sobreviviente. Una sobreviviente del huracán que sería yo. Aunque no creo que sea para tanto, vaya que ha tenido aguante, generosidad e inteligencia para hacer de nuestra casa un hogar fantástico y una estupenda escuela para los niños. Su inteligencia, buen sentido, sus intuiciones, su facilidad para llegar derecho al corazón de las personas, son atributos que me siguen sorprendiendo y conmoviendo.

La relación con mis hijos también es estimulante. Los cuatro -Magdalena, Cecilia, Sebastián y Cristóbal- han tenido conmigo una lealtad superior a todo cuanto yo podría haber esperado. Esa actitud de ellos me emociona mucho porque jamás fui un papá consentidor, un tipo que me llevara haciéndoles panoramas en los fines de semanas o llevándolos a todas partes. Los nietos -sé que no estoy diciendo nada nuevo- abren otras dimensiones a la vida y jamás hubiera pensado que ver las noticias de la tele al lado de León podría ser al día de hoy uno de mis grandes placeres. O correr tras la Esperanza, o acunar a Juan de Dios y a la Antonia.

Vuelvo a estar en campaña y llevo algunos meses recorriendo el país. Ha sido una experiencia muy enriquecedora, porque me ha permitido nuevamente ver de cerca y sin anteojeras el país de verdad.

Lo que más me irrita del Chile de los últimos años no son tanto las incompetencias y corrupciones del sector público, los reiterados fracasos que estamos teniendo todos los años en educación, las evidencias de un sistema de salud con problemas, el deterioro sostenido y constante de los indicadores de seguridad pública. Lo que más me irrita son dos cosas: la indolencia y las oportunidades perdidas. Porque frente a esto hay poco que hacer. La indolencia es creer que las cosas no pueden cambiar. Es refugiarnos en la fatalidad del que piensa que las cosas no están bien, pero que es imposible mejorarlas. Las oportunidades que se perdieron, por otro lado, pasaron a pérdida no más, de manera irreversible, y nadie las podrá recuperar jamás.

He convocado a Chile a una segunda transición. La primera fue del autoritarismo militar a la democracia. La que ahora propongo es en dirección a un Chile más inclusivo y acogedor, con oportunidades para todos, con seguridades para todos y con valores también para todos. Que se acaben las exclusiones. Que se acaben los cuoteos. Que terminen de una vez por todas las falsas divisiones entre los chilenos de allá y los de acá. Quiero que demos vuelta la hoja para llegar a un Chile donde mucho más que el carnet de militancia valga el esfuerzo, la meritocracia y la responsabilidad individual.

No necesito insistir en que Chile necesita un cambio. Y mucho más que eso. Chile necesita un verdadero renacimiento que nos libere de este estado de letargo, que desate las fuerzas de la libertad, la innovación, la creatividad y el emprendimiento, y nos ponga nuevamente en la ruta del crecimiento y la prosperidad para derrotar, antes del verdadero Bicentenario el 2018, la pobreza y el subdesarrollo.

Estoy en plena campaña. Al llegar la noche, de lo cansado que me acuesto todos los días, apenas soy capaz de decir cómo me llamo. Pero estoy durmiendo bien. Jamás he tenido sueños premonitores, pero algo me dice que la gran mayoría de mis compatriotas comparte el mismo sueño de cambio, futuro y esperanza que aliento yo y estoy seguro de que lo mejor de Chile está todavía por delante. Por eso convoco a todos los chilenos y especialmente a la generación del Bicentenario a la gran aventura de hacer de Chile una patria más libre, más grande y más justa.

Nombre completo: Miguel Juan Sebastián Piñera Echeñique

Profesión: Economista.

Edad: 60 años

Pacto: Coalición por el Cambio



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quiénes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)